

## EL BACHILLERATO EN EL COLEGIO EVANGÉLICO

A los dieciséis años de edad Saúl Charris fue matriculado en el Colegio Americano. Este era uno de los grandes planteles de secundaria de Barranquilla. Otros establecimientos importantes eran el Biffi y el San José, dirigidos por congregaciones religiosas, y el Barranquilla, que era colegio público. El Colegio Americano, patrocinado por la iglesia presbiteriana, estaba dirigido entonces por Guillermo E. Vanderbilt y por Fred J. Plachy, ambos ciudadanos norteamericanos.

Para Don Manuel Fortunato la escogencia del Americano como el plantel apto para la educación de sus hijos estaba vinculada a la idea de que tanto el régimen del Colegio como los métodos de enseñanza se inspiraban en exigentes modelos educativos del exterior. La orientación protestante del Colegio no constituyó para él un factor que lo hiciera titubear en su decisión. Tampoco dudó en matricular a Saúl como requintero. Esta

---

<sup>1</sup> Zoila Moreno Ibáñez, *Cien años de labores del Colegio Americano*, Colegio Americano, Barranquilla, 1989.

condición implicaba que el alumno no podía abandonar el Colegio ni siquiera en los días de fiesta sin una expresa solicitud de su acudiente. Para el padre, se trataba de buscar condiciones que crearan hábitos de estudio y de trabajo contra los cuales conspiraba el rústico ambiente de Santo Tomás.

La edad que tenía Saúl a su ingreso al Colegio no era la preferida por las directivas del establecimiento para hacerse cargo de la formación de sus educandos. «La educación», se decía en el prospecto del plantel, «necesita tiempo, y, por lo tanto, para poder realizar nuestro ideal pedagógico, es indispensable que nos envíen los niños desde sus más tiernos años, y cuando son dóciles y asequibles a la influencia de la educación. Los niños de quince a dieciséis años ya tienen el carácter más o menos formado, y las costumbres están arraigadas hasta el punto de hacer casi imposible el corregir cualquier tendencia nociva que pueda existir».<sup>2</sup> La condición de requintero, confiaban el rector y el padre, tal vez remediaría los vacíos de una socialización tardía de Saúl en los ideales de formación del Colegio Americano.

Si bien Saúl conocía ya Barranquilla porque había acompañado a su padre en algunos viajes de negocios, ahora tenía la oportunidad de relacionarse más estrechamente con la ciudad. No obstante que los efectos de la crisis económica se dejaban sentir, Barranquilla mostraba por entonces una extraordinaria pujanza. Los barranquilleros de los años veinte podían olvidar, o quizá la mayoría no lo sabía, que su ciudad no había sido otra cosa —hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX—

---

<sup>2</sup> Colegio Americano para Varones, *Prospecto*, Barranquilla, impreso en los Talleres J. V. Mogollón, julio de 1937. p. 4.

que “un pequeño e insignificante pueblo a orillas de un río”, como anota T.E. Nichols.<sup>3</sup>

Las instalaciones del Colegio Americano estaban situadas en lugares que por entonces eran ejes del desarrollo urbano. Dos edificios destinados para las clases se levantaban en la Calle de Medellín, cerca de la Avenida 20 de Julio. El internado estaba situado en la esquina de Líbano con Sello. Al alumno Saúl Charris le atraían las instalaciones deportivas del Colegio construidas en la elegante urbanización de *El Prado*, que había sido iniciada por Karl Parrish y socios desde 1919. Era un barrio del norte, en la parte alta de la ciudad. En sus casas brillantes vivían satisfechas en 1935 más de 400 familias pertenecientes a la clase alta y media alta de Barranquilla.

En buena parte, la fisonomía y el ritmo agitado de la ciudad guardaban íntima relación con su condición de puerto marítimo y fluvial. Por los signos externos no podría advertirse que desde finales del segundo decenio Barranquilla había perdido su condición hegemónica entre los puertos colombianos. Como anota Posada Carbó, ello no implicaría la pérdida de importancia de la condición portuaria. Barranquilla seguiría conser-

---

<sup>3</sup> Las observaciones que se formulan o la información que se trae a cuento en relación con Barranquilla están sustentadas o proceden de la ya rica historiografía que existe sobre la ciudad, entre la cual se destacan obras como las siguientes: Theodore E. Nichols, *Tres puertos de Colombia. Estudio sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla*, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1973; Adolfo Meisel, “¿Por qué se disipó el dinamismo industrial de Barranquilla?”, *Lecturas de Economía*, Universidad de Antioquia, Medellín, mayo-agosto de 1987, No. 23, p. 57-87; Eduardo Posada Carbó, *Una Invitación a la Historia de Barranquilla*, Bogotá, Cámara de Comercio de Barranquilla, Cerec, 1987.

vando su preponderancia en el movimiento de las importaciones colombianas y un peso específico notable en el conjunto del comercio exterior del país.

En 1933 el gobierno firmó un contrato con tres compañías para la construcción de instalaciones portuarias modernas en Barranquilla, las cuales serían entregadas en 1937. Al tiempo, la capital del departamento del Atlántico ostentaba los rasgos de centro industrial. Para comienzos de los años treinta, un censo de establecimientos industriales analizado por Adolfo Meisel registra la existencia de 134 firmas con un total de 5.688 obreros y 646 empleados.

El orgullo que experimentaban los barranquilleros pudientes con el crecimiento de su ciudad lo recogían las crónicas. Las cifras globales señalan que había razones para el optimismo. El número de habitantes de la ciudad se había incrementado en tres veces, según lo dejan ver los censos de población de 1912 y 1928. En este último año la población llegó a las 139.974 personas. El casco urbano que en 1920 ocupaba 590 hectáreas, en 1930 comprendía un área de 1.554 hectáreas.

La ciudad era abigarrada y variopinta. En la población predominaba la mezcla racial pero existían claras minorías blanca y negra. Quizá no se notara a primera vista, pero los extranjeros tenían un peso fuerte en la ciudad. Especialmente entre los empresarios se contaba con alemanes, judíos, italianos, sirios, libaneses y palestinos.

Aunque las crónicas no se ocupan de los fenómenos menos exaltantes de la vida cotidiana de Barranquilla que acompañaban a la ciudad en su ascenso, al igual que sus contemporáneos el joven Saúl Charris tuvo ante sí la pobreza urbana que avanzaba tanto o más que el progreso. De la misma manera, no todos los viajeros y

visitantes pasaban la página en blanco de sus diarios sobre los aspectos menos brillantes de la ciudad que hacía poco había iniciado la parábola del pavimento.

Uno de esos visitantes, Alcides Arguedas, de paso para Bogotá a donde se dirigía para presentar sus cartas credenciales como embajador de Bolivia, escribía el 10 de junio de 1929: «Bajo un sol de fuego me he lanzado por las calles de esta ciudad de tierra hirviente para tomar algunas fotografías de escenas callejeras y tipos corrientes de la gente ordinaria. El paseo por las calles no ofrece gran interés. En los barrios pobres hay infinidad de casas con techos de totora del río. Las puertas de algunas tiendas llevan inscripciones curiosas, algunas incomprensibles. La gente parece muy pobre y predominan los mulatos en una proporción formidable. Se ven niños completamente desnudos en brazos de sus madres o en las puertas de sus casas, y son algo huraños, tímidos».<sup>4</sup>

El señor Arguedas era un diplomático ecuaníme y consignó otras de las impresiones que le produjo Barranquilla distintas a las citadas. Ya se había referido al alegre público de «tipo blanco, de facciones correctas... que se encuentra, en el club, en el casino». Por supuesto no omitió una viñeta sobre El Prado. «Las anchas avenidas... sus jardines, plazas y plazoletas, constituyen la parte más elegante de la ciudad donde se advierte un gusto de buen tono en las construcciones».<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Alcides Arguedas, *La danza de las sombras. (Apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América española)*, Barcelona, 1934, Reimpresión Banco de la República. Talleres Gráficos, Bogotá, 1983, p. 23.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 22.

Las directivas del Colegio Americano atribuían al factor religioso una gran importancia en la formación de los alumnos. «Ponemos cuidado especial, se explicaba en el *Prospecto*, en inculcar a nuestros alumnos los más sanos principios de moral y religión, tales como nos han sido enseñados por nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles. Por lo tanto, el estudio de la Palabra de Dios ocupará lugar importante en el programa del Colegio; y rogamos encarecidamente a los padres de familia que nos encomienden la educación de sus hijos, que nos ayuden en la obra de inculcación de principios morales». <sup>6</sup> Los alumnos Charris estaban bien preparados para ese tipo de opción pedagógica, pues su padre los había puesto en contacto directo con las *Sagradas Escrituras*, lo cual los colocaba en ventaja con relación a compañeros procedentes de familias típicamente católicas entre las cuales no suele presentarse una lectura directa de la Biblia.

El Colegio Americano tuvo su origen en la actividad misionera de la iglesia presbiteriana, que a su vez había sido la primera de las confesiones protestantes en iniciar su labor proselitista en Colombia. <sup>7</sup> En 1871 el misionero escocés Adam H. Erwin estableció en Barranquilla una escuelita para niños pobres. Hacia finales de los años ochenta llegó una institutriz para hacerse cargo de la educación de las hijas del cónsul de los Estados Unidos en Barranquilla. Con ellas estudiaban otras ni-

---

<sup>6</sup> Colegio Americano para Varones, *Prospecto*, Talleres J. V. Mogo llón y Co., Barranquilla, 1937, p. 4.

<sup>7</sup> La presencia inicial de los protestantes en Colombia se remonta a los años veinte del siglo XIX y está relacionada con la introducción del sistema lancasteriano en las escuelas. Diego Thompson, uno de los maestros formados por Lancaster, arribó a Bogotá en 1825. En 1861 se estableció una iglesia presbiteriana en el país.

ñas colombianas. A ese grupo comenzó a aplicársele el nombre de Colegio Americano.<sup>8</sup> En 1899 tuvo lugar la apertura del Colegio Americano para varones, que le dio continuidad a la labor pedagógica y misionera de Erwin.

El alumno Saúl Charris obtuvo altas calificaciones en las asignaturas Historia del Cristianismo y Biblia. En sexto de bachillerato la nota de la primera fue de 86 sobre 100 y para la segunda, 89. Sólo fueron superadas por la nota de Literatura Universal, que fue de 95, al paso que fueron menos brillantes las calificaciones obtenidas en Geometría y Botánica y francamente mediocres para Latín e Inglés.<sup>9</sup>

Poco después de su ingreso al Colegio, a Saúl Charris se le encomendó la función de "pasante" de su curso, lo cual implicaba el cuidado por la disciplina. Era este mecanismo de "cogobierno" una reminiscencia de los postulados pedagógicos de Lancaster, quien recomendaba la distribución de los escolares en grupos de a 10 bajo la dirección de uno de los alumnos llamado monitor. La primera sanción que impuso el pasante Charris recayó sobre su hermano que estudiaba también en el mismo plantel. ¿Cálculo del futuro político? ¿Severidad objetiva? ¿Oportunidad de afirmación de la autoridad de hermano mayor? Sea lo que fuere, la medida le granjeó a Saúl confianza entre profesores y respeto entre los estudiantes, pese a que una reunión de familia reprobaría la acción del pasante.

De manera paralela a los estudios formales el bachiller leía por propia iniciativa. Su autor preferido era el

---

<sup>8</sup> Véase Zoila Moreno Ibáñez, *op. cit.*, p. 15.

<sup>9</sup> Colegio Americano de Barranquilla. Libro de Notas de 1936.

panfletista colombiano José María Vargas Vila, de quien conservará una inmovible admiración a lo largo de su vida. La afición de Saúl por la lectura del autor de *Aura o las violetas* fue fomentada por varias razones. El éxito del escritor, medido en términos de difusión de sus novelas y panfletos, era inseparable de la fama de iconoclasta irreductible que se extendió por América Latina desde finales del siglo XIX. En Colombia, país de unanimidad religiosa hasta la mitad del siglo XX, la lectura de un escritor condenado por la iglesia ejercía fuerte atractivo, en particular entre los jóvenes inclinados al regusto que emana del contacto con lo prohibido.

En un corrosivo prólogo a una antología de pasajes de la obra de Vargas Vila, Malcolm Deas advierte la influencia del escritor en la obra y el estilo de varios personajes ilustres y menos ilustres de América Latina. En Colombia, Deas percibe la huella vargasviliana en grupos y figuras muy disímiles tales como *Los Leopardos*, Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán.<sup>10</sup> Rafael Maya desalentó la búsqueda de honduras filosóficas o ideológicas en la obra de Vargas Vila: «Él se creía hombre de "ideas" pero no era más que un mago de las palabras».<sup>11</sup> Quizá ello explique el que las diferencias en sus concepciones del mundo no les haya impedido a diversos políticos compartir su admiración por Vargas Vila. De él toman la destreza del panfletista, el brillo rutilante de los dardos, la imaginaria literaria del agravio. Todos estos son recursos muy estimados por el orador político, por cuanto ellos no lo abandonan en la plaza o en el es-

---

<sup>10</sup> Malcolm Deas, *Vargas Vila. Sufragio-Selección-Epítafio*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1984, p. 20.

<sup>11</sup> Malcolm Deas, *op. cit.*, p. 289.

trado parlamentario. A un similar tipo de preferencia de los políticos atribuye el poeta Fernando Charry Lara la buena estrella de los poetas parnasianos en Colombia. Al referirse al estilo de éstos, Charry señala: «La utilización de una poesía visual, a base de imágenes cromáticas, y bastante sonora, llena de referencias al mundo grecorromano y a la historia, servía a los oradores de los parlamentos y aún a los editorialistas de los periódicos».<sup>12</sup>

En el político Charris de la Hoz será notoria la impronta retórica del estilo de Vargas Vila, ya sea en la propensión a las alusiones a hechos o personajes de la “Grecia inmortal” y de la historia en general, o en las respuestas “improvisadas” a las interpelaciones en el Senado o en la Cámara. Ciertos vocativos en el discurso pronunciado por Charris en el sepelio del General Rojas Pinilla evocarán, aunque de manera un tanto descolorida, los usados por el escritor en *El discurso ante la tumba de Diógenes Arrieta*.<sup>13</sup>

De manera institucional el Colegio Americano ponía en contacto a los estudiantes con las prácticas del culto evangélico hacia las cuales los alumnos Charris de la Hoz no experimentaban resistencia dado el eclecticismo espontáneo de la familia en materia religiosa.

En el caso de Saúl, la asistencia a las funciones del culto debió obedecer en un primer momento al cum-

---

<sup>12</sup> Fernando Charry Lara, “Fernando Charry Lara o el temperamento poético”, (Entrevista de Edgar O’Hara), *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Bogotá, Vol. xxvii, No. 24-25 (1990), p. 4.

<sup>13</sup> Entre otros lugares, este discurso de Vargas Vila se encuentra en la antología de M. Deas ya citada, p. 137-141.

plimiento de la obligación que en tal sentido prescribía el reglamento del Colegio para los alumnos internos.<sup>14</sup> Más tarde, Saúl se aficionaría verdaderamente a los servicios religiosos de la iglesia Evangélica, en los cuales seguiría participando aún después de que su padre se aviniera a cambiar su condición de requintero. No sólo la piedad determinó la asiduidad al culto sino un motivo adicional de orden profano. Frecuentaba también el templo presbiteriano una niña en quien recaían las miradas del bachiller Charris. Con audacia Saúl abordaría a la devota niña, quien era hija de uno de los miembros más notorios de la iglesia presbiteriana de Barranquilla, Rafael Borelly Galindo, figura muy influyente en los medios políticos y sociales de Barranquilla. Sobre este personaje se volverá unas páginas más adelante. Así se inició un prolongado noviazgo entre el joven Charris e Isabel Borelly. En el recuerdo quedó la “muchachita de lindos ojos” hija de un tendero de Santo Tomás. Con ella se fueron al olvido las aventuras poéticas de Saúl Charris.

En julio de 1936 Saúl Charris recibió el título de bachiller del Colegio Americano. Así terminó una etapa de su vida. No podría afirmarse por las condiciones familiares y por las características del plantel en donde adelantó su educación media, que el proceso de socialización vivido por Saúl Charris haya sido el típico de los políticos de la Costa Atlántica, pero sí que dichas características de socialización estarían excluidas en la carrera de un político del interior del país.

Mientras tanto, con la buena estrella que acompañaba a sus negocios, la familia Charris había visto aumen-

---

<sup>14</sup> Colegio Americano de Barranquilla, *Prospecto*, p. 12.

tar la consideración que hacia ella mostraban los tomasinos. Don Manuel Fortunato cumplía la función de testigo instrumental en negocios que se registraban en la Notaría, papel que en el pueblo solía reservarse a los terratenientes; él y su mujer eran buscados por jóvenes parejas como padrinos de matrimonio.<sup>15</sup> Resultó entonces “natural” para los vecinos que el gobernador del departamento del Atlántico nombrara a Don Manuel Fortunato Charris alcalde de Santo Tomás. El nombramiento se realizó por decreto del 2 de agosto de 1932.<sup>16</sup> En el ejercicio de su cargo empleó métodos paternalistas para satisfacción de los vecinos ricos y pobres del pueblo. Así, la familia Charris se convirtió en parte importante de la política local, en la cual de momento tomaba parte “Don Fortu” a nombre del liberalismo.

---

<sup>15</sup> Entrevista con Sarah Romero Gutiérrez, Barranquilla, 27 de febrero de 1992.

<sup>16</sup> Gobernación del Departamento del Atlántico, *Libro de decretos*, Barranquilla, 1932.

